

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

JESUCRISTO.

II.

¿Quién es Jesucristo? ¿Es un Dios hecho hombre, ó un hombre hecho Dios? Tales son con toda la concisión del lenguaje los términos de este grandioso problema. No rueda en la inmensidad del espacio un astro de tanta magnitud que sus polos se hallen á distancia tan infinita. En frente de esta cuestión, dominadora de todas las cuestiones, desfallece y se anonada la inteligencia humana; y sin embargo es preciso de toda precisión contemplarla cara á cara, fijarse en ella, decidirse á tomar un partido, porque nada más ilógico, más absurdo, más desalentado que el esquivarla por desden ó indiferencia. Así como es la de mayor trascendencia para la humanidad en globo, es al mismo tiempo la que entraña el interés más elevado, más íntimo é inmediato para el individuo. No, no hay ninguno que pueda decir: ¿Y á mí qué me importa?

Los que admitiendo la primera de las soluciones levantan respetuosamente su consideración hasta el trono de la divinidad, se ven sumergidos en la profunda tiniebla de los más adorables misterios; pero los que, obstinados en que su razón ha de comprenderlo todo, optan por la segunda, se arrojan de cabeza en un laberinto de tinieblas no menos espesas y palpables. No han hecho sino enredar más y más los hilos del nudo que creían

haber desatado. Y esto es tan cierto que si bien se estudia la historia de los primeros siglos de la Iglesia, ó se observa con detención el movimiento actual de las ideas religiosas, se verá que fuera de la sublime creencia, que es la base esencial del cristianismo, no cabe acerca de su fundador explicación satisfactoria. Así como los que se esforzaban en deducir sus opiniones heterodoxas de la autoridad de los libros santos, falseaban la interpretación y se apartaban del legítimo sentido de sus textos; así los que otorgan á su razón el derecho de formular nuevas teorías acerca de la misión, del carácter y de la naturaleza de Jesucristo, se quedan con el estéril resultado de que ni la fé puede creerlas, ni la razón admitirlas. Han hecho gala de imaginación pretendiendo haberla hecho de filosofía, si no es ya que sus flamantes sistemas sean viejos errores ataviados con el oropel de un traje cortado á la moda del día. ¿Qué se adelanta para la razón que á toda costa quiere comprender, cuando de todos modos se la deja en la esfera de lo incomprensible? ¿Se niegan los misterios? llévesenos pues á un campo donde todo sea claro y luminoso: porque oscuridad por oscuridad es preferible cuando menos la que derrama en el espíritu una apacible calma y le llena de las dulzuras de inefable esperanza, á la que le empuja á incesantes luchas ó le abandona á la tranquilidad de la desesperación. Más racional es creer en misterios que han de sernos revelados algún día, que el

creer á la humanidad condenada á caminar sin fin por entre sombras y enigmas, sin la posibilidad de divisar el faro que ha de esclarecerlas. De seguro no ha fabricado Dios su mejor hechura tan solo por el placer de burlarse eternamente de ella.

Desde que la restauracion de la filosofía espiritualista ha demostrado la ceguera y el embrutecimiento á que conducian los errores del materialismo, y se han tratado con mayor respeto las grandes verdades que constituyen la dignidad humana: desde que la razon ha tenido que convenir en que las creencias no eran ni podian ser hijas de la tiranía de los reyes ni de la astucia de los sacerdotes, sí, muy al contrario, un fruto espontáneo del alma, una parte integrante de nuestra naturaleza, una necesidad invencible de la conciencia: desde que se ha colocado el elemento religioso en el alto puesto que le corresponde en la historia de las instituciones sociales, y se ha hecho ver que la religion, mejor que el arte y la literatura y la filosofía, realizaba su objeto que es el de engrandecer, purificar y elevar el espíritu sobre las cosas materiales; el nombre y los hechos de Jesucristo no han podido dejar de ser objeto de profundo examen aun en el terreno de la mera filosofía. Era imposible desconocer las condiciones de originalidad exclusiva que le caracterizan; desentenderse de esta figura excepcional que descuella sobre toda la humanidad y no tiene con quien ser comparada; desdeñar el estudio de este ejemplar de toda perfeccion, único en los anales del mundo. En toda investigacion que se dirija á buscar el origen, la índole, las causas que han influido en el desarrollo de las facultades del hombre, ¿cómo prescindir de Jesucristo á quien tanto debe el perfeccionamiento moral de la especie humana?

¿Quién es pues este sér maravilloso, este personaje sin segundo, que siendo de carne y hueso como nosotros, por mas que se pretenda reducirle á limitadas proporciones, por mas que se le violente y retuerza y contraiga, por decirlo así, de ningun modo cabe en los moldes estrechos de nuestra naturaleza? ¿No es ya una especie de misterio, una muestra

de poder divino el que ejerce sobre las inteligencias extraviadas obligándolas á reconocer implícitamente su divinidad aun en medio de los mismos esfuerzos con que la combaten? Si la razon subyugada por la evidencia de los hechos tiene á la fuerza que adherirse á las palabras de Napoleon que en Santa Elena decia: «creedme, yo conozco bien á los hombres, y os declaro que Jesucristo es mas que un hombre,» ¿qué le resta que hacer sino andar todo el camino y esclamar al fin con el centurion: *Verè hic homo Filius Dei erat?* Cuando la crítica, aun la mas hostil y atrevida, se ve precisada á dar por resultado fundamental de sus investigaciones la superioridad absoluta, la originalidad exclusiva, el carácter de Jesus de Nazareth sin semejanza ni analogía alguna en los anales del mundo; resistiéndose á la consecuencia lógica de sus premisas, ¿no es lo mismo que si exclamara con el despecho y endurecimiento de Juliano, *Venciste Galileo?* Porque si el autor del cristianismo no puede ser colocado en la categoría de los seres puramente humanos, ¿qué es lo que la razon ha descubierto mas allá del hombre sino Dios? Entre las dos soluciones propuestas media un abismo inconmensurable; pero abismo de tal naturaleza que sobre él no se puede construir ningun camino para salir de la apremiante alternativa. Y en efecto, cuando la razon trabaja con tal ahinco para desentenderse de la existencia de un orden sobrenatural; cuando pretende orgullosa que en la naturaleza física ó moral nada puede existir fuera de las leyes que comunmente la rigen; cuando sostiene á todo trance que una vez promulgadas y establecidas son por su esencia inalterables, ¿cómo ha de admitir un fenómeno que de todos modos sea la derogacion de estas mismas leyes? ¿Qué lograria reproduciendo los añejos errores del gnosticismo? ¿Qué lograria por ejemplo un nuevo Apolinario que viniese á decirnos que la forma humana de Jesucristo no era mas que un continuo engaño de los sentidos, que su carne y su sangre eran aparentes, que su cuerpo estaba fabricado de una materia celestial? No seria tambien este un hecho en contradiccion con el orden estable-

cido? No estuviera fuera de la ley comun? No seria tambien un misterio para la razon incomprendible? Cualquiera que admitiese esta herética doctrina se encontraria ya fuera del campo de la argumentacion filosófica, tendria que echar mano á los textos evangélicos, y como la discusion de estos debería llevarle al reconocimiento esplicito de la humanidad real, y al mismo tiempo de la divinidad de Jesucristo, tendria que confesar que no era mas que un sueño de su imaginacion tan absurda teoría. Ello no hay medio. ¿No quereis admitir que Jesucristo sea Dios? Dejadle en la simple esfera de hombre. Es evidente de toda evidencia que fué mas que un hombre? Pues reconcedle y adoradle como Dios.

Curioso fuera si no fuese tan lastimoso el espectáculo que presentan los esfuerzos de la exégesis alemana para no llegar á esta sencilla conclusion. ¡Cuántas esplicaciones que nada esplican! ¡Cuántos comentarios mil veces más difíciles de comprender que el simple texto de los evangelios, interpretado por la Iglesia! ¡Cómo se conoce que no es puramente sobra de razon y de ingenio, sino falta de sumision y de modestia lo que sirve para forjar tan estraños sistemas! Este dice que Jesucristo era Dios, pero un Dios encerrado desde largo tiempo en el seno de la humanidad, que no hizo mas que revelarse un dia bajo una forma visible: aquel solo ve en Jesucristo el tipo, la idea primera del hombre, un individuo superior á todos los demás, y comprendiendo todas las perfecciones posibles del sér humano por ser el tipo absoluto de la especie: el uno enseña que no era mas que hombre; pero que por la pureza de su corazon, por la santidad de su vida y muerte mereció que Dios se inclinase hácia él y le comunicase á él solo su incomunicable naturaleza, de modo que habiendo nacido hombre llegó á ser Dios: otro por fin en la venida de Jesucristo ve una segunda creacion, un *fiat lux* superior al primero. Todo esto si se quiere será muy ingenioso; pero ¿dónde está la solidez de sus cimientos? Si se contrapone á las sarcásticas negaciones de la incredulidad, se dirá tal vez que esto es un paso hácia la verdad; pero de

seguro es quedarse á enorme distancia de ella. ¿Qué se adelanta con estas nebulosas teorías? Dejar mal paradas juntamente á la fe y á la razon, atacar los fueros de una y otra y dejarlas á entrambas descontentas. Mas, si sus autores admitieran como fieles humildes las esplicaciones del catecismo ¿cómo podrian aspirar á la celebridad, y hacerse pasar por escritores originales y profundos pensadores? Siendo de todas maneras preciso entrar en una region llena de misterios, ¿á qué este alarde de indocilidad contra la creencia mas respetable, apoyada en los testimonios mas auténticos, sellada con el asentimiento y la fe de cien y cien generaciones, rubricada con un mar inmenso de sangre derramada con una espontaneidad sin igual y con un entusiasmo del que no cuenta la historia sino tal cual imitacion mezquina?

Mas no se crea que cuando la filosofia incrédula trata de esplicar humanamente el carácter y la mision de Jesucristo llegue á dejar satisfechas las exigencias de la razon. Forja cien misterios por el prurito de negar uno. El corazon humano, los progresos de la inteligencia, el mundo, la historia son otros tantos enigmas cuya clave han arrojado al mar, y cuyo sentido ya no es posible comprender. No puede aquella recorrer su camino sino andando á tropezones, y si á fuerza de paradojas de abstracciones, de sutilezas parece remontarse á cierta altura, es que agita sus alas en el vacío. Resuelta á no creer convierte su afectada imparcialidad en ardid de guerra, generaliza y abarca los hechos que le convienen, y disimula artificiosamente los que le hicieran sombra, se muestra vacilante en unas cuestiones y en otras decide con sobrada precipitacion y arrojo, de la pluma se escapan concesiones á la verdad y la misma pluma sirve para contradecirlas. Teje y desteje, su obra es la tela de Penélope, y sus mismos circumloquios, sus mismas vaguedades, sus mismas inconsecuencias pudiera decirse que son un homenaje involuntario á la grandeza de la causa que combaten. La divinidad de Jesucristo es como el sol que ilumina á los ojos sanos, y produce escozor y daño en los enfermos.

Dios humanado, el Verbo que hecho carne habitó con nosotros y ahora está sentado á la diestra del Padre, tales son las espresivas palabras con que designa á Jesucristo la multitud innumerable de sus partidarios, la universidad de las naciones civilizadas, la porción mas escogida del género humano. Esta confesion encierra, y no hay medio alguno, ó bien la mas admirable de todas las verdades ó bien el mas monstruoso de todos los errores. Si lo último, ¿cuál fué su origen? ¿qué causas favorecieron su inmenso desarrollo? ¿de dónde le provino este poder fatal y misterioso que le bastó para avasallar tantas inteligencias, á despecho de las indomables repulsiones que naturalmente debia inspirar? Si es un error, ¿cómo su formidable invasion, semejante á la de Atila y Gengis-Kan, ha podido dar resultados permanentes cuando los de aquellas desaparecieron como los estragos de efímeras tempestades? ¿De dónde procede esta falta de analogía entre las leyes providenciales que rigen el universo? ¿De dónde esta larga duracion de una creencia, que escede á las fuerzas de la comprehension humana, en medio de la movilidad de las razas de Occidente, y de las constantes vicisitudes de sus instituciones políticas y sociales? ¿No es este un misterio inesplicable?

Si Jesus de Nazareth no era mas que un mero hombre y se proclamó Dios, entonces fué un impostor ó un demente. La contestacion es tan breve como inevitable; pero ¿cómo conciliarla con el sublime retrato que de él nos hace la historia y que la filosofía misma ha declarado auténtico é incontrovertible? De la degradacion de la inteligencia, de la depravacion del sentido moral podria estar acompañado el mas severo tipo de la belleza del alma, el ideal mas esquisito de santidad y pureza, el inaccesible dechado de perfeccion y sabiduría? ¿Sobre un falsario, sobre un maniático habian de haber recaido las mas vivas y ardorosas simpatías del género humano? ¿No seria este el mas tenebroso de todos los misterios?

Y no queda lugar á la duda de que Jesucristo se anunciase á sí mismo y se atribuye-

se el carácter y las prerogativas de la divinidad. Óigasele en sus conversaciones privadas, en las amistosas conferencias con sus discípulos. *Vos autem quem me esse dicitis?* Y responde Pedro: *Tu es Christus filius Dei vivi.*— *Ego dabo tibi claves regni cælorum.* ¿Quién sino Dios podia disponer de estas llaves? Dícele Felipe: *Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis.* Y él le contesta: *Philippe, qui videt me, videt et Patrem: ¿Non creditis quia ego in Patre et Pater in me est?* Óigasele en su predicacion á las turbas, y en sus públicas controversias con los fariseos: *Ego enim ex Deo processi, et veni..... Amen, amen dico vobis antequam Abraham fieret, ego sum.* Y cuando se insiste, se le interroga, se le aprieta, por decirlo así, para que sea mas esplicito, cuando con cierto despecho se esclama: *Quousque animam nostram tollis? Si tu es Christus, dic nobis palam,* ¿puede haber contestacion mas terminante *Ego, et Pater unum sumus?* Llevado al tribunal, no al de la potestad civil sino al compuesto de los pontífices y doctores de la ley, en aquel momento supremo, en que las circunstancias parecian justificar una contestacion evasiva, en que todas las palabras parecian adquirir mayor gravedad é importancia, en que para la averiguacion de la verdad se interponia el nombre de Dios vivo, se le interpeló así: *Tu es Christus Filius Dei benedicti?* Y Jesus dijo: *Ego sum.* Bien podrá el sumo sacerdote rasgar sus vestiduras, bien podrán los circunstantes gritar ¡blasfemia! pero la respuesta no puede ser mas categórica, mas solemne, mas decisiva.

Si Jesucristo, mero hombre, con el objeto de alcanzar el alto puesto en que la posteridad le ha colocado, se apropió las tradiciones concernientes á la esperanza de un Mesías, fraguó nuevas doctrinas, se fatigó predicándolas y arriesgó su vida para llevar á cabo su empresa, no hay duda que fué un hombre de genio, un ambicioso nada vulgar, un talento privilegiado; pero el talento natural por mucho que sea no es suficiente para hacer un sábio de primer orden cuando no se cultiva y desarrolla con el estudio. ¿Y dónde estudió Jesus? ¿Qué escuelas frecuentó? *Unde huic*

sapientia haec, et virtutes? Non est hic fabri filius? Si no basta el testimonio de los evangelistas ahí están la filología, la crítica, la investigación minuciosa de los monumentos literarios para resolver este punto. ¿Dónde están en las parábolas y en los discursos de Jesus, en los pormenores ó en el conjunto de su doctrina, las imitaciones, las reminiscencias de otros autores? ¿De quién ha tomado una alusion, una fórmula, una idea? ¿En qué se conoce que haya leído á Ciceron ó á Pitágoras, á Aristóteles ó á Platon? ¿Quién hay que haya podido decir nunca analizando los evangelios: esto pertenece á Roma, esto á Grecia, esto á la India? Si la originalidad de la enseñanza de Jesucristo no procedia de ciencia infusa, ¿cómo se explica? y si se le concede este origen escepcional ¿no volvemos á entrar en la region de los misterios?

La divinidad de Jesucristo es la base esencial del cristianismo. Sin este dogma no queda mas que una utópia desatinada en el cerebro enfermizo de sus adversarios, aun por confesion de ellos mismos. Jesucristo no fundó una escuela sino una religion, y siendo esta la mas sublime, la mas pura, la mas perfecta que ha dominado nunca en la conciencia humana, ¿cómo podria haber nacido del error mas grosero? Si los mónstruos son infecundos por naturaleza, ¿cómo este error mónstruo pudiera haber producido las mas eminentes virtudes? ¡Tantos y tan admirables ejemplos de abnegacion, de santidad, de heroismo no deberian estribar sino en la mas estraña aberracion del entendimiento! ¿A qué buscar entonces con tal ahinco la verdad cuando el error hubiera sido mas productivo y provechoso para el género humano? Ó bien, ¿qué es la verdad, que es el error cuando así se confunden sus resultados, cuando al último sobre todo ha de atribuirse el perfeccionamiento moral de la especie humana? ¿Qué atractivos ha de tener aquella si solamente las seducciones de este pueden levantar el espíritu sobre las cosas materiales y perecederas? ¿De qué sirve aquella cuando este solamente derrama en el corazon á manos llenas la calma, la felicidad y la esperanza? No se diga jamás que se abandona el

cristianismo por amor á la verdad, porque bien se estaria con el error si error fuese la divinidad de Jesucristo.

¡Oh! no, de ninguna manera. Este dogma es la verdad, la mayor de las verdades porque Jesucristo es la verdad misma. Él lo ha dicho: *ego sum via et veritas*, soy la verdad y el camino que conduce á ella. El presidente romano preguntaba: *Quid est veritas?* y, ¡admirable coincidencia! las mismas letras descompuestas y ordenadas en perfecto anagrama responden: *est vir qui adest*. Si la incredulidad persiste en valerse de las palabras de Pilatos, y enseñando á Jesucristo dice: *ecce homo*, millones de bocas contestarán á voz en grito con una frase de Virgilio: *Deus, ecce Deus*. Mas no persistirá, no; que vencida al fin doblará la cerviz é iluminada con los destellos que despide el rostro divino de Jesus, contemplará su augusta fisonomía, y avergonzada de que él pueda llamarla *Non populus meus*, como en la vision de Oseas, esclamará rendida: *Deus, Deus meus es tu*.

T. AGUILÓ.

ORACION

DE JEREMÍAS, PROFETA.

Acuérdate, Señor, de nuestra suerte:

Acuérdate y advierte

Cuán grande es nuestro oprobio lastimero.

Nuestra heredad ocupa dueño extraño:

Y dan por nuestro daño

Nuestras casas abrigo al extranjero.

Quedado hemos huérfanos sin padre:

Aflige á toda madre

De su triste viudez el desamparo.

La leña que en los bosques recogemos:

El agua que bebemos,

Comprarlas nos es fuerza á precio caro.

Cargada la cerviz nos conducian,

Y á cuantos se rendian

Permitido el descanso no les era.

Para hartarnos de pan, por un pedazo

Vendimos nuestro brazo:

Del Asirio siguiendo la bandera.

F

Pecaron nuestros padres, y ya han muerto:

Y nuestro Dios por cierto
De sus maldades el castigo dános.
Convertidos en amos nuestros siervos

Hostíganos protervos,
Sin haber quién nos libre de sus manos.

Medrosos de enemigos encubiertos;
En ásperos desiertos

Buscamos pan con riesgo de la vida.
A recio llanto el hambre nos provoca:
Cual de un horno la boca
Seca está nuestra piel y denegrida.

A brutales violencias entregadas
Lloraron sonrojadas
De Sion hermosa las mujeres bellas:
De Judá en las ciudades por desdoro
Su virginal decoro
Amancillado vieron las doncellas.

Colgaron á los nobles de una mano:
La frente del anciano
Respeto no imponía en los insultos.
Lastimaba á los niños duro trato:
Con torpe desacato
Ultrajaron vilmente á los adultos.

Los que fallos dictaban en las puertas
Dejaronlas desiertas:
No acudian mancebos á la danza,
Y á nuestro corazón faltando el gozo,
Su plácido alborozo
Cambióse en triste luto sin tardanza.

Cayó de nuestras sienas la corona
Que en el banquete abona:
Ay! de nosotros que pecamos tanto!
Por eso nuestro pecho siente enojos:
Por eso nuestros ojos
De tenebroso velo cubre el llanto.

Porque asolado todo y destruido
De Sion el monte ha sido:
Libres en él vagaron las raposas.
Mas tú, Dios de Israel, serás eterno:
Tu solio, tu gobierno
Verán generaciones numerosas.

¿Será que para siempre nos olvidas?
¿Acaso te decides
A dejarnos así por largos días?
Vuélvonos á tí en males tan extremos,
Y á tí nos volveremos:
Renueva las antiguas alegrías.

Como fué en un principio ahora sea,
Benigno ya te vea
El pueblo que te llama en su congoja.
Mas ay! Señor, que gravemente airado,
De tí nos has lanzado,
Como quien una piedra al suelo arroja.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

El domingo 10 del actual hubo gran recepción en el Vaticano, á la cual asistieron 5,000 romanos de las parroquias de Santiago del Corso, de Sta. María del Pópulo y de S. Roque. Hé aquí la alocución que en aquel solemne acto dirigió el papa á la entusiasmada muchedumbre de fieles que le rodeaban:

«Dios envía un nuevo auxilio á su vicario, para que pueda soportar mejor las pruebas que permite el mismo Dios, para infundir nueva fuerza á su brazo, y nueva energía á su corazón, contra la guerra de los impíos y los asaltos del infierno.

»Recordais en vuestro mensaje lo que hoy ofrece la Iglesia á nuestras meditaciones en el santo evangelio: el milagro de la multiplicación de los panes hecho, como sabéis, por mano de Jesucristo. Los panes y peces se multiplicaron en manos de Jesucristo, hasta el punto de saciar á 5,000 personas, y llenar después doce canastos. Jesús satisfizo de esta manera las necesidades de aquella muchedumbre hambrienta que le seguía por amor, sin pensar ni aun en su alimento, y abrumada por las fatigas del viaje.

»Esta circunstancia particular me recuerda los primeros días de mi pontificado. Acudían las muchedumbres á honrar al papa, á aclamarle, á ofrecerle el tributo de su afecto con expansión verdaderamente cordial. ¡Ah! no eran muchedumbres como las del desierto, alimentadas por Jesucristo y que ninguna mano infernal trataba de corromper: los que acudían entonces, de ello estoy muy convencido, venían de buena fe, pero desde entonces en los más profundos abismos del infierno buscábase los medios de desquiciar el mundo. Y mientras aquellas demostraciones iban multiplicándose de una manera extraordinaria mientras yo aconsejaba y mandaba y pedía que cada cual volviese á sus domésticas ocupaciones, la consigna del infierno era: revolved, revolved incesantemente; en estas revueltas podremos llevar á cabo nuestros proyectos.

»Esta agitación fué por tanto el principio de todos nuestros males; y las culpables y falaces promesas que los revoltosos hacían en secreto eran muy diferentes de los actos que preparaban. Sucedió esto en 1848 (*movimiento en la concurrencia*): en este mismo palacio, á donde vine á celebrar las fiestas de la Semana Santa se me presentaron una tarde algunos hombres que componían cierta comisión; dijéronse enviados de Ticio y Cayo; (que no conviene nombrar aquí). Aquellos hombres ofrecieron al papa la presidencia de no sé qué forma de gobierno italiano; pero el papa respondió al punto naturalmente que su derecho era conservar lo que Dios le había dado, pero no perjudicar los derechos ajenos ni violar los principios de la justicia. Al oír esta respuesta, marcháronse convencidos de la inutilidad de insistir en su demanda.

»Volvamos á los apóstoles. (*Movimiento*). Después de distribuir los panes, y al ver los testimonios de amor que aquellas muchedumbres daban á su divino maestro, Jesucristo dióles una orden. Id, les dijo, id á la orilla del mar, subid en vuestros barquichuelos, y marchad. De esta manera Jesucristo pudo despedir á cada cual en paz á su pueblo y á su casa. Y en verdad, merecía Jesucristo ser obedecido; su vicario no lo ha sido en las circunstancias que hace poco recordaba.

»Los apóstoles encamináronse pues á la orilla del mar. Empezaba á anoecer cuando subieron en sus barquillas y se engolfaron en las aguas. Al poco tiempo se desató un viento tan furioso, que les costaba mucho trabajo dirigir sus návecillas. Y mientras abrumados de fatiga temblaban á los golpes del vendabal, vieron de lejos á Jesucristo que les seguía, y llegaron á temer que fuese un fantasma.

»Pero san Pedro, rebosando siempre afecto y amor hacia Jesucristo, exclamó: «¡Oh! si eres nuestro divino maestro, mándame ir á tí sobre las aguas y bajaré de la barca.» Y Jesucristo le dijo: «baja.» Y san Pedro, con aquel arranque que distinguía todos sus actos, púsose sobre las olas,

pero poco á poco sintiendo sumergirse y volviéndose á Jesús exclamó lleno de desconfianza y de temor: «¡Ah! ¡Jesús mio! salvadme porque soy perdido.» Y cogiéndole Jesucristo la mano, le dijo: «*Modice fidei quare dubitasti?* No temas, ninguna duda quebrante tu fé.

«¡Ah! queridos hijos míos, también todos nosotros marchamos sobre un elemento inseguro, y hoy se hunden nuestros piés, porque no son céfiros ni aquilones, sino vientos del infierno, los que soplan para que se sumerja el vicario de Jesucristo y con él tantos millones de buenos católicos desparramados por la superficie de la tierra: quisieran sepultarlos en lo más profundo del mar. Debemos pues nosotros mantenernos más firmes y constantes que nunca, y como lo haceis volvernos hácia Jesucristo exclamando: *Domine salva nos, perimus.*

«Que vuestras voces resuenen en la bóveda de los templos, que se oigan en vuestras casas y frecuentemente, llamad frecuentemente á Jesucristo y decidle: *Salva nos.* Sí, la tempestad nos arrolla por donde quiera; aquí se trabaja por corromper la juventud con la falsa enseñanza; allí se profanan las santas imágenes, se insulta á los ministros de Dios, se trata, como os lo he dicho, se trata de destruir la Iglesia si esto fuese posible. Volvamos pues hácia Dios y digámosle: *Salva nos, perimus.*

«Y en presencia de guerra semejante se tiene valor para decir (lo he leído hace poco tiempo) que después de diez y ocho meses de una inicua posesión de Roma (*movimiento*) todo está tranquilo, que aquí se ve marchar de acuerdo y sin la menor dificultad á los dos poderes, que pueden marchar perfectamente unidos. Esto es falso, enteramente falso. Esto es añadir al ultraje el escarnio.

«Os dejo, no queriendo estenderme demasiado, porque debéis estar cansados; (*gran número de voces: ¡No! ¡no!*) pero no puedo dejaros sin haberos dado la bendición. En estos días de la Pasión de Nuestro Señor, me vuelvo hácia Jesucristo y le encuentro en el camino del Calvario llevando la cruz, y le pido que nos mire con misericordia. »

«¡Ah, Jesús mio! yo os suplico que en el alma de cada uno de nosotros; como en otro tiempo en el lienzo de la Verónica, grabeis vuestro rostro, no materialmente aunque no lo merecemos, sino en el corazón para que vuestro recuerdo esté siempre presente á nuestros ojos, y podamos con él resistir los combates que tenemos que sostener por permisión vuestra.

«Os recomiendo también, Jesús mio, los que injustamente nos gobiernan (*sensación y momentos de aprobación*), yo os digo; quieren gobernarnos, quieren ser gobernantes, y no saben sostener en sus manos la balanza de la justicia. Quieren gobernar, y no persiguen el vicio, sino que lejos de esto le exaltan y oprimen la fe y la virtud.

«¡Oh, Jesús mio! así como bendijisteis á las mujeres que os acompañaban, bendecid á esta multitud que me rodea, que os alaba y que os ama, y que ardientemente desea ser bendecida por vos. Bendecidla en sus bienes para que puedan sobrellevar la vida. Bendecidla sobre todo en sus almas á fin de que puedan conservar vuestra gracia, que es el más preciado tesoro.

«Benedicid sus familias, y que esta bendición se estienda sobre toda la ciudad, capital del mundo católico, reducida hoy á un estado digno de compasión. Bendecid á todos los millones de católicos de la tierra, que en todas partes se unen para cantar vuestras alabanzas, para suplicaros que cesese el azote y nos volváis la paz, tranquilidad y concordia.»

La recepción pública tenida el 17 de marzo al medio día en el Vaticano, produjo entusiastas aclamaciones en el interior del palacio. El papa recibió diferentes regalos. El discurso pronunciado por su santidad fué más enérgico aun que los anteriores. El padre santo fijó el contraste entre un llamado plebiscito y las continuas demostraciones de fidelidad que reciben en Roma el sumo pontífice, y los obispos en el resto de Italia. El papa niega que la sociedad pueda ser libertada por la revolución, de la cual es más bien esclava; pero es preciso, añadió, esperar en la oración los mejores días en que el ángel de la justicia vendrá á castigar

los enemigos de la Iglesia y del orden social. Entre tanto, añadió el papa, no dejemos de orar para que el castigo alumbre y convierta á los malvados.

La Voce della Verità publica un mensaje de respeto y amor que han enviado al pontífice los indios que habitan las riberas del río de San Lorenzo en la América septentrional, traducido del original por el misionero padre Carlos Arnauld.—Dice así:

A nuestro gran padre, el gran cabeza de la santa plegaria, que habita en el santo lugar llamado Roma.

«Hace largo tiempo que nosotros queríamos escribirte, mas ¿cómo hacer que llegase á tí nuestra carta?

Nosotros queríamos decirte: Te amamos. Porque ¿puede amarse mucho á Jesús y no amarte á tí?

Ciertamente nosotros te amamos. Nosotros estamos tristes por todas tus aflicciones. Y ¿por qué no estamos nosotros cerca de tí?...

Nosotros somos pobres. Si tuviésemos bienes te los enviaríamos, Mas, en su lugar te damos nuestro corazón.

Nosotros volvemos ahora de la caza en el gran desierto, y llevamos siempre sobre nosotros tu imagen que nos ha dado Kanaskamuest (el misionero), y en nuestro corazón llevamos tu memoria.

He aquí toda nuestra palabra:

Bendícenos: estamos de rodillas.

Este es nuestro grito:

¡Nosotros te amamos!»

Firma Montagnais, el cabeza de la tribu, por todos los salvajes de la tribu india que vaga alrededor de la embocadura del río de San Lorenzo al norte de la bahía de Hudson.

Al dar cuenta al padre santo del precedente mensaje no sabía el misionero cómo explicar la indignación que se apoderó de los indios al conocer el despojo y la prisión del sumo pontífice, los cuales besaban su fotografía y repetían la historia del rey Herodes...

Estos salvajes dan lecciones provechosas á los maestros de la civilización moderna.

Las predicaciones de la cuaresma en Roma se suceden con un celo admirable. Jamás las dos Romas habían parecido más distantes y separadas que en estos días de penitencia para los romanos, de desorden y de impiedad para los opresores. La vida religiosa toma por todas partes un vigor extraordinario y se afirma de manera que convence á los italianos de la imposibilidad de pervertir á los súbditos del papa.

Se ha inaugurado en Roma un asilo para niños enfermos bajo la denominación del Niño Jesús. Débese la fundación de este establecimiento á la caridad de las personas piadosas, y solo con ellas cuentan para sostenerse.

En reconocimiento á la protección que recibió de la Santísima Virgen, durante la última guerra, la ciudad de Langres va á construir una estatua á la Madre de Dios en el cerro que la domina.

Sor Dubar superiora del convento de religiosas de la Esperanza de Nancy, acaba de recibir la cruz de la Legión de Honor, en recompensa de la abnegación de que dió pruebas curando á los heridos del ejército de Metz.

La Asociación internacional de católicos de ambos mundos sigue haciendo progresos principalmente en Francia. Solo en Marsella, á pesar de la propaganda que allí hace la internacional socialista, el número de los asociados antes de su instalación pasaba, contando los de los pueblos limítrofes, de treinta y tres mil. En otras ciudades de la nación vecina se trabaja activamente para su instalación, y es de esperar que antes de poco tiempo se propague por todo el mundo, reportando á los pueblos inmensos beneficios.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA.

Continuando el tema que se había propuesto en su primera conferencia, el joven é ilustrado presbítero D. Magin Vidal volvió á tratar de la Iglesia católica, presentándola como maestra de las sociedades. Había dicho que el profundo malestar que las aflige, traía su origen del principio de independencia religiosa, proclamado primeramente en Alemania é infiltrado despues en los demás pueblos cristianos. Las modernas sociedades aspiran á una emancipacion sacrílega é insensata, obstínanse en el loco empeño de sacudir el yugo paternal de la autoridad de la Iglesia, y por esto gimen bajo el yugo de ignobles pasiones y sienten crugir y bambolear bajo sus piés el fundamento que las sostiene. Pues si el daño está en apartarse de la Iglesia, en desoir su voz, en rechazar su autoridad, claro es que el remedio consistirá en adherirse mas firmemente á ella: y claro es tambien que ella sola es la que puede salvar á las sociedades en las graves crisis que atraviesan, y que las salva en efecto ejerciendo su divino magisterio. Tal es la mision que Dios mismo le ha confiado, y que ella realiza, apesar de los obstáculos y de la opresion material á que se la sujeta, difundiendo su enseñanza entre los pueblos lo mismo que entre los individuos. Para comprenderlo bien es preciso considerarla desde las alturas de la fe, porque á mas del elemento humano que constituye su parte visible y externa, encierra un elemento divino é invisible, que es su parte principal y la hace independiente de las humanas vicisitudes. Plantada en el corazon de las sociedades está allí para ser el espíritu que las vivifique, y como depositaria fiel de la verdad, preservarlas de las invasiones del error, que siempre lleva en sí gérmenes de disolucion y de muerte. En todas las luchas que con él ha sostenido, siempre la agresion ha partido del error, siempre la victoria ha coronado á la Iglesia; y no podia ser de menos puesto que es el triunfo de la omnipotencia divina sobre la flaqueza humana, triunfo tanto mas seguro y glorioso cuanto mas encarnizada es la lucha y mas terca y prolongada la resistencia.

Y en efecto. ¿Cuál ha sido la suerte del error en sus múltiples y variadas manifestaciones, cuando la Iglesia ha fulminado contra él sus anatemas? Jamás ha tenido esta que retroceder un solo paso, ni secta alguna ha sobrevivido largo tiempo á su condenacion. Se la acusa porque no transige con el error, y esta misma intransigencia es una prueba palmaria de que las verdades que defiende no son relativas, no dependen de los diversos tiempos ni del conjunto de las circunstancias. Su inmutabilidad doctrinal es el blason que mejor la caracteriza. Nacida en medio de las contradicciones así de los herejes como de los judíos y gentiles, la persecucion es la herencia que su fundador le ha legado; pero esta ni la dobla ni

la quebranta, y así su historia es un tejido interminable de combates y una serie de triunfos jamás interrumpida. Verdad es que hoy dia la persecucion es mas espantosa que nunca: no se trata ya de meras disidencias en algun punto de doctrina, de aislar un dogma y atacarlo con argucias y sutilezas, no es ya el protestantismo que formula algunos cargos contra las indulgencias, ni el jansenismo con sus hipócritas protestas y amañados subterfugios; es la revolucion que dotada de un carácter cosmopolita y teniendo á su servicio todos los medios materiales de propaganda, de seduccion y de violencia, espera llevar á cabo el atroz designio de arrancar el cristianismo de las sociedades modernas, y cree llegada ya la hora de su triunfo. Mas, por lo mismo que la impiedad todo lo ha corrompido ya, deben los católicos abrigar la esperanza de que la hora de la salvacion de las sociedades se acerca, porque á las doctrinas mas atrevidas y disolventes ha opuesto la Iglesia sus doctrinas realmente conservadoras, y á las afirmaciones radicales de la impiedad otras afirmaciones tambien radicales y absolutas.

El orador habló de los efectos producidos por el anatema lanzado á la civilizacion moderna en lo que tiene de inmoral y subversiva, por la proclamacion del *Syllabus*, por la definicion dogmática de la infalibilidad pontificia, para hacer mas patente la unidad y fijeza de la doctrina católica, determinar mas claramente las reglas de conducta, evitar confusiones en las inteligencias y preservar á los incautos de ciertos errores que bajo la apariencia de verdades ó bajo el pretexto de inofensivos, se encierran en teorías deslumbradoras y se desarrollan trayendo en pos de sí las mas tristes y desastrosas consecuencias. De esta suerte, si por un lado los errores se vuelven mas dañinos y monstruosos, y arrecia la tempestad desencadenada contra la Iglesia, y la dejan en triste abandono los poderes de la tierra, por otra es mas vigorosa y fecunda la enseñanza que los combate, queda robustecido el principio de autoridad y la gran familia católica se presenta mas unida y compacta que nunca, como lo prueba el movimiento religioso que por todas partes se verifica. Sus mismos adversarios lo confiesan. Podria decirse bajo cierto aspecto que la Iglesia se ha rejuvenecido, lo que debe servir para infundir aliento á sus hijos. Es de fe que á la nave de Pedro las borrascas no han de sumergirla: por lo mismo si el mal llega á su colmo de esperar es que toca á su término, y que han de desaparecer pronto las negras nubes que cubren el horizonte.

En vez de la acostumbrada conferencia, esta noche en el local de la Asociacion de católicos su seccion filarmónica dará un concierto sacro cantando á toda orquesta *Las siete palabras* del maestro Mercadante.